



España, camisa blanca

Manuel Hidalgo

EL mensaje de esta campaña no está en los programas ni, mucho menos, en los insultos. El mensaje de la campaña está en la camisa. Un hombre, una camisa. Este es el lema.

Fraga y los suyos son quienes han llevado al límite la propuesta. Se han fotografiado para los pasquines, recortados ante el cielo, en compacto y coagulado pelotón paseante y en camisa. Porque lo natural es andar por el campo en camisa y corbata, en plan fresco, pero distinguido.

Y el estilo camisero se ha impuesto. Si se va en camisa, sólo en camisa, no hay pistas para hablar de cambio de chaqueta. Un engorro que se quitan de encima,

Todos los líderes apelan a lo moderno, a lo europeo y al progreso. Pues, bien entendido, ya se sabe: lo moderno, lo euro-

peo y lo progresista es la camisa. La camisa blanca, claro, que la camisa azul pasó a la historia, aunque el blanco de algunos sea un azul desteñido por la acción voraz del detergente democrático.

La camisa blanca, con o sin gemelos, es una prenda burguesa. Los pobres del mundo siempre han ido descamisados, pero en esta campaña no hay políticos que los consuelen ni *Evititas* que les bailen el agua. *Lina Ortas*, con ese peinado a prueba de corrientes, no ha llevado su entusiasmo liberal-populista hasta el extremo de prometer el oro de su melena a los parias de la tierra.

Bien, pues si ya reconocemos que parecer y ser burgueses no nos asusta ni nos sonroja, vivamos sin complejos el estilo camisero. La camisa es un signo de corrección, limpieza, decencia y eficiencia. Detrás de cada

camisa bien planchada hay una gran mujer hacendosa y detallista. A falta de candidatas, apreciemos el noble papel de la mujer en la política española: lavar más blanco, planchar más seguro, almidonar más sólido las camisas.

Los políticos dirán lo que quieran, que para eso les pagamos, pero este derroche de camisas no es un síntoma de caminar hacia adelante, sino un vergonzante «revival» del desarrollismo tecnocrático de los sesenta. Bajo otras marcas, he aquí de nuevo al hombre-suybalen, al hombre-terlenka. Para este viaje no necesitábamos las alforjas del diseño ni el purgatorio de la arruga.

Recuerden la historia de aquel rey que quiso a todo trance conquistar la dicha vistiendo la camisa del hombre feliz. ¿Y qué pasó? Que el hombre feliz no tenía camisa.